

## La historia regional y local, y las escalas de investigación. Un contrapunto para pensar sobre desafíos historiográficos

Sandra Fernández<sup>11</sup>

En historia siempre trabajamos con escalas.<sup>12</sup> Nuestra investigación impone que, en virtud del objeto de estudio,elijamos una forma de aproximarnos a él de manera adecuada. No solo pensamos en escalas en la investigación, sino que también las usamos en docencia, cuando adecuamos contenidos a tiempos y currículas. Nuestra formación disciplinar se impone a la hora de elaborar un programa, dictar una clase, llevar adelante una investigación. Proponemos recortes, que no hablan de limitaciones, sino de formas adecuadas de aproximarnos a ciertas temáticas, y cómo construir y transferir conocimiento a partir de ellas.

La cuestión de la escala es una preocupación recurrente de la historiografía, avivada –por cierto un poco tardíamente en Argentina– por el debate alrededor de la historia global, que desde la publicación original en 2000 del texto de Pomeranz (2012), no deja de estar en la agenda historiográfica mundial. La preocupación por la historia global se traduce en dossiers dedicados al tema en prestigiosas revistas académicas, hasta recientes traducciones,<sup>13</sup> pasando por debates públicos y presentaciones. Pero también porque las investigaciones empíricas sobre los vínculos globales, sus consecuencias y repercusiones regionales y locales, se basan en las fuentes, y aprovechan las experiencias de la historia regional, de la microhistoria y de los estudios subalternos, corrigiendo y matizando las generalizaciones y abstracciones excesivas (Hausberger y Pani, 2018, p. 182).

Aquí entramos en el “juego” que la historia regional y local puede hacer con las escalas, y para hablar de esta relación bien avenida, es necesario detenerse en introducir dos abordajes comprensivos. Primero el historiográfico, fijando de alguna manera una breve trayectoria de los estudios regionales en Argentina con algunas de las influencias que más lo han marcado en estos

---

11 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Universidad Nacional de Rosario. Argentina. Correo electrónico: 7acequias@gmail.com

12 Este breve texto es tributario del diálogo desarrollado en las *Jornadas de Discusión “Historia Argentina, nuevas miradas para viejos problemas”*, realizadas en la Universidad Nacional de General Sarmiento en abril de 2018. Agradezco los comentarios y sugerencias de Andrea Andújar, Susana Bandieri, Silvana Palermo, Ernesto Bohoslavsky, Andrés Freijomil y Daniel Lvovich.

13 Un buen ejemplo es la publicación del libro de Sebastian Conrad (2017) por la editorial Crítica.

últimos treinta años. El segundo, metodológico, pensando en cómo la cuestión de la escala interpela constantemente la aproximación de la historia regional y local, no solo en los aspectos instrumentales, sino en particular en las formas de acceso y tratamiento de las fuentes. Dicho esto también es importante señalar que la cuestión de la escala, ciertamente, no es una prerrogativa exclusiva de la historia regional y local; pero es uno de los elementos que deben ser tomados en cuenta si se pretende avanzar en una investigación con este enfoque. Contemplando no solo la cuestión de las escalas entrelazadas, sino además el tema central de las fuentes que se van a utilizar en la investigación.

## Una entrada historiográfica

Treinta años de producción escrita, marcados por la recuperación democrática de la universidad argentina en 1983, y la proyección de los organismos públicos de investigación, han consolidado un corpus que muestra un escenario historiográfico muy prolífico. Tal panorama habría sido imposible sin el crecimiento sostenido de las investigaciones pensadas y llevadas adelante desde una perspectiva regional y local; perspectiva que ha nutrido y ampliado la producción historiográfica de forma impensada en los años ochenta.

En estos últimos veinte años la investigación regional/local se ha desarrollado geoméricamente no solo generando un caudal importante de producción sino interviniendo en la definición metodológica de esta perspectiva historiográfica. Las influencias han sido muchas, en particular de la historiografía europea a partir de la presentación de dos tópicos sobre los cuales es necesario hacer énfasis. En principio, la idea de la escala. Este artilugio metodológico se adapta muy bien a los análisis que rompen el paradigma del Estado nacional como horizonte omnipresente de la pesquisa. La frase hecha *cuanto menor, mejor*, dice mucho alrededor de la intensidad que la elección de la escala propone al momento de llevar adelante la recopilación de la información, la formulación de hipótesis, y el proceso de interpretación y elaboración de resultados. Desde la más ingenua idea del microscopio, pasando por la metáfora de la red de pesca, hasta la más compleja concepción de Bernard Lepetit (2015) sobre la escala arquitectónica, los microhistoriadores europeos han influido mucho sobre el referente de la escala de tratamiento como problema, tanto desde un plano metodológico como instrumental. Agudizar la mirada, poner el foco, concentrar la lente, han sido expresiones emanadas desde esta corriente para demarcar las formas de pensar el problema de estudio y la delimitación de los corpus documentales. La microhistoria articula muy bien las dos primeras metáforas en particular en textos señeros de la corriente: Ginzburg y

Poni (1991); Levi (1993); Grendi (1996); Serna y Pons (2000); Revel (2015). Si el *microscopio* introduce la idea de la mirada intensa sobre lo que a simple vista no se puede ver y reconocer, la *red* lo hace en especial para imponer un recorte asociado a la cantidad, pertinencia y calidad de las fuentes a examinar. La adecuada selección de las fuentes para el acercamiento historiográfico es el gesto metodológico esencial para llevar adelante la investigación tanto micro-histórica como regional/local (Fernández, 2015).

En simultáneo a las disquisiciones alrededor de la escala, es importante hacer referencia a la problemática del Estado nacional como único escenario para la perspectiva de investigación en nuestra historiografía. Muchas son las referencias que debemos señalar para justificar una aproximación metodológica. La crisis del paradigma de la historia total hizo que se agudizaran las miradas para interpretar realidades que habían estado por lo pronto opacadas en la historiografía dominante. Por ejemplo, la historiografía española no solo cuestionó profundamente la impronta que el *annalismo* había tenido sobre ella, sino que se permitió de manera más libre dialogar con tradiciones consolidadas, como el marxismo y la *Local History* británica, y otras en pleno proceso de eclosión, como la voluble microhistoria italiana. Los presupuestos vertidos por Julián Casanova, Ignasi Terradas, Justo Serna y Anacleto Pons, sintetizan los lineamientos generales de la historia local española, que más tributaron al espacio académico vernáculo. La disyuntiva de la historiografía española en este sentido es que la aproximación regional/local no confirma procesos generales como reflejo de lo macro, sino que a partir de la interpretación de lo específico pone en cuestión las afirmaciones producidas desde la historia nacional. Si Casanova (1999) hace énfasis en la tensión metodológica alrededor de la generalización y en la cuestión de la historia nacional como fórmula preponderante; Terradas (2001, p. 201) por su parte pone el acento en la comprensión desde lo local y lo regional de lo que sucede en un nivel mayor, “a través de una sociedad, un país, una cultura, un mundo”. Serna y Pons (2007), por su parte, señalan con mucha claridad que lo local y lo regional, en tanto categorías socialmente espacializadas, tienen importancia comprensiva, paradójicamente a partir de la conciencia de su artificialidad. Por lo tanto, el peso de los conceptos se encuentra no solo en un espacio físico, sino en el diseño de un tipo de investigación específica (historia regional y local). La meta, entonces, de toda investigación regional/local, para estos autores, no ha de ser solo analizar la localidad, la comarca, la región, sino sobre todo estudiar determinados problemas en esos espacios, con un lenguaje y una perspectiva tales que la transposición del objeto implique una verdadera traducción, la superación del ámbito identitario (Fernández, 2015).

Si bien estas influencias de índole teórica y metodológica tuvieron una importante acogida en el medio local, impactaron sobre un campo que se estaba desarrollando de manera sistemática desde mediados de la década de 1960. La cuestión de lo regional es una asignatura que, abierta por Carlos Sempat Assadourian a comienzos de los años sesenta, comenzó a tener entidad y peso en el discurso historiográfico argentino casi treinta años después de publicados los primeros trabajos de este autor. El aporte de Assadourian (1982) se condensa en su obra *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*. Texto que si bien significó un punto de inflexión en los estudios coloniales, también sentó las bases para comenzar a discutir lo regional.

Numerosas aproximaciones lo toman como referencia, pero es en particular Susana Bandieri (2013) quien sistematiza la importancia de los estudios de Assadourian para definir la cuestión regional en el ámbito de la investigación nacional. No es casualidad la reivindicación del historiador cordobés por parte de esta colega, ya que los conceptos vertidos por Assadourian son funcionales a la línea de investigación trazada para el examen de los procesos históricos propios de la Patagonia norte de Argentina.

De alguna manera la resignificación que Bandieri hace de Assadourian remite a la transformación de los estudios regionales en el ámbito historiográfico nacional a partir de la recuperación democrática. El «giro regional» en la investigación histórica puede datarse en el segundo quinquenio de la década de 1980, donde se abren cátedras en buena parte de las carreras de historia de las universidades nacionales, dedicadas a la historia regional, la investigación regional, etc. Pero tal giro también obedece a la presentación y consecución de proyectos de investigación para trabajar con problematizaciones derivadas de las diferencias y/o excepciones regionales en relación con procesos como la organización y consolidación del Estado nacional, la gestación del modelo agroexportador o los orígenes del movimiento obrero. La necesidad de justificar el recorte y dotar de entidad a los supuestos sobre los que se desarrollaban los planteos del examen empírico, llevó a una preocupación por delimitar la referencia a lo regional. Aparecen así algunos artículos que van a ser constantemente citados y tomados como elementos de justificación del recorte regional. Uno de ellos es el de Erik Van Young (1987), y el otro es el de Mario Cerutti (1985).<sup>14</sup> Ambos escritos imprimen a la realidad argentina el gesto regional que la historiografía mexicana imponía a un segmento importante

---

14 No estuvieron ausentes lecturas sustanciales provenientes en particular de la historia regional mexicana. Textos claves como *Pueblo en Vilo* de Luis González (1979), los artículos señeros de Alan Knight (1998) y de Mario Cerutti (1987, 2001), y como corolario los trabajos del cubano radicado en México, Hernán Vanegas Delgado (2012), hicieron que se prestara atención a la potencialidad de la perspectiva regional para resolver problemas propios de la historia latinoamericana en su conjunto.

de sus investigaciones, con una naturalidad que no es y ni fue posible de encontrar en el medio argentino. Asimismo, lo que estos textos evidenciaron era la ampliación del conocimiento sobre realidades “regionales” en el escenario argentino que podían confrontar, acompañar y aún entrar en contradicción con las interpretaciones tradicionales alrededor del hecho nacional. En los años noventa entonces a la vasta producción empírica se le iba agregar una sorda discusión sobre la pertinencia y alcances de la llamada historia regional, así como un franco choque con los aportes realizados por los historiadores del hecho nacional.

El *crescendo* de la discusión en torno de lo regional llegó a su punto culminante en ese fin de siglo, con el debate que se suscitó entre Susana Bandieri y José Carlos Chiaramonte en 1998. En oportunidad de realizarse en Usuhia el I Simposio Argentino-Chileno de Historia Regional, frente a frente ambos historiadores fijaron posición alrededor de los estudios regionales y locales. Bandieri con sus investigaciones centradas en un “área marginal” (la Norpatagonia) cuestionaba las líneas fundamentales desarrolladas sobre la generación del mercado interno e internacional. Su investigación proponía otra periodización para comprender este proceso, así como la explicitación de que el área investigada excedía el espacio nacional, rompiendo de este modo con la monolítica concepción de la región como integrada a un todo mayor y jerárquico. Criticaba el mecanicismo de la idea de la conformación de un Estado nacional pleno durante el siglo XIX al recuperar, en términos de Assadourian, la idea de espacio económico como un *complex* social, político y cultural. Sus investigaciones sobre la Patagonia en clave regional, hacían asequible pensar de otra manera a un ámbito territorial que usualmente se presumía ocupado social y económicamente desde un eje atlántico. Por su lado, Chiaramonte, fiel a una concepción fuertemente política de la historia, hacía énfasis en una visión epifenoménica de los estudios regionales. Así, afirmaría diez años después en la reelaboración de su escrito presentado en 1998 sostuvo que:

“Si consideramos entonces que lo regional no es otra cosa que una modificación particular de fenómenos particulares –como los flujos comerciales o las vías de comunicación– observaremos entonces que nuestro real objetivo en la mayoría de los trabajos ‘regionales’ no es la región sino aquellos fenómenos que tienen existencia real” (p. 13)

Resumiendo, lo que mostró la discusión entre Bandieri y Chiaramonte

es la influencia que los estudios regionales y locales estaban teniendo en la transformación de los presupuestos interpretativos dominantes en el medio. También puso al enfoque regional/local y sus representantes en la disyuntiva de explicitar cuál era la definición, los alcances, los límites y las contradicciones que sus análisis estaban teniendo. Ya en el siglo XXI, la historia regional/local se debate en la integración de sus tres variables más prolíficas en la producción argentina. Los ejes sobre los que descansa el debate y la producción son la perspectiva del análisis de “lo cercano” con fuerte impulso antropológico, la recuperación del trazo *assadouriano* para explorar objetos de estudios plausibles para definir la región, y el redimensionamiento de las escalas de análisis.<sup>15</sup>

Al fin, el desplazamiento del abordaje de lo nacional, pretende complejizar los exámenes en un escenario compartido, mostrando balances y ejes de tensión que alimentan nuestro campo de estudio. La tarea tiene dos puntos de inflexión. El primero tiene que ver con la escala que los estudios regionales y locales permiten desplegar desde un punto de vista metodológico, que une la explotación intensiva de las fuentes, con la atención a lo particular, sin olvidar nunca el contexto. Contexto entendido como las coordenadas espacio-temporales que delimitan un hecho y que lo convierten en eslabón de una cadena de significados, y que permiten definir objetos y problemas de estudio corriéndose de la cómoda justificación de lo nacional para circunscribir un abordaje historiográfico. Segundo, tales investigaciones rescatan una gran cantidad de corpus desconocidos o escasamente transitados que exponen y traducen nuevos datos que son puestos en perspectiva, con fuentes más tradicionales y recorridas.<sup>16</sup>

## Una entrada teórico-metodológica

Habíamos dicho en un comienzo que una segunda entrada a considerar era la metodológica. ¿Por qué es importante este ingreso? Las diversas unidades dirigen nuestra atención hacia procesos distintos; esto es, las disímiles unidades no son meras ventanas abiertas hacia el mismo objeto, sino que cada ventana nos permite ver procesos que quizás quedarían ocultos desde las demás. Ninguna unidad, pues, es superior por sí misma. Algunas, sencillamente, nos permiten generalizar, mientras que otras nos animan a ser más específicos.

---

15 Buena parte de estas reflexiones fueron publicadas a lo largo de la primera década de este siglo como parte de un esfuerzo por elaborar estados del arte sobre el tema que lograron posicionar la discusión en torno de lo regional/local en un escalón superior al que se podía observar veinte años atrás. Como referencia pueden consultarse tres compilaciones que lo sintetizan: Fernández y Dalla Corte (2001); Fernández (2007<sup>b</sup>); Blanco y Blanco (2008).

16 A lo largo de más de quince años he tratado de reflexionar sobre el recorrido problemático de la producción regional/local en clave historiográfica, deteniéndome fundamentalmente en la reflexión sobre los aspectos metodológicos de tal perspectiva (Fernández 2006, 2007<sup>a</sup>, 2008, 2015).

Esto también significa que nuestra elección final –qué incluimos y qué dejamos fuera– dependerá de las unidades elegidas. En todos esos niveles se vislumbran dimensiones distintas del problema y esto no equivale a una exigencia de estudiar todos los posibles niveles al mismo tiempo (Conrad, 2017, pp. 668-671). El resultado de detenernos en esas argumentaciones lleva a que no solo debemos preocuparnos por las unidades de análisis, sino por sus contextos históricos de producción. La propia existencia de una región concita a pensar en el carácter construido de una entidad territorial, y por lo tanto siempre es necesario estudiar los procesos que hicieron posible su existencia. En muchos casos las unidades nacionales son referenciadas como datos dados, y pocas veces se atiende al largo proceso de constitución.

¿Qué nos permite pensar esto último? Por un lado, la tensión metodológica alrededor de la generalización, y por otro, la cuestión de la historia nacional como fórmula preponderante. La discusión entonces se instalaría en la tensión entre lo general y lo particular y en especial a la cuestión de la escala, como variable analítica central en la investigación. Ya que como afirma Anne Gerritsen (en Conrad 2017, p. 658), “la historia local nos puede dirigir hacia las formas en las que las particularidades locales desafían la homogeneidad de las narraciones globales, y donde las prácticas locales indican una divergencia frente al camino de la interconexión”. En principio, lo regional, como así también lo local, aluden tentativamente a un ajuste espacial de la observación y de la práctica –con el consecuente ajuste de las lentes–, y a la necesidad de detectar la diversidad y la particularidad en un contexto mayor al que le une cierta coherencia fenomenológica. De este modo, como afirman Serna y Pons (2007, p. 21) lo local como lo regional pasan a ser categorías flexibles que pueden hacer referencia a múltiples dimensiones espaciales (puede ser un barrio, una ciudad, una comunidad, una comarca, etc). Para estos autores lo regional, en tanto categoría socialmente espacializada, tiene importancia comprensiva, paradójicamente a partir de la conciencia de su artificialidad; como resultado de esta práctica especulativa, el historiador debe adoptar un lenguaje y una perspectiva tales que la transposición del objeto implique una verdadera traducción y la superación del ámbito identitario.

La cuestión de la escala es uno de los valores del enfoque regional/local porque pone en foco el tema, por un lado, de las escalas entrelazadas, y por otro de las perspectivas espaciales más apropiadas. Lo que la noción de escala comporta es, en palabras de Paul Ricoeur (2000, p. 207) la inconmensurabilidad de las dimensiones. Cambiando de escala, no se ven las mismas cosas más grandes o más chicas. Se ven cosas diferentes. No se puede enunciar simplemente la reducción de escalas, se trata de encadenamientos diferentes

en configuración y en causalidad.

En muchas ocasiones hablar de escala nos ha puesto frente al uso de metáforas. Estas han sido y son fundamentales en el campo científico, condensan en formulaciones sencillas un pensamiento complejo que llevaría un esfuerzo mayor de explicación. La metáfora selecciona, pone énfasis, suprime y organiza ciertas características, pero no se reduce a cambiar de sentido ciertas palabras, sino que puede tener también otro efecto: modificar nuestra manera habitual de ver las cosas. Por consiguiente, hay no solo una función sustitutiva de la metáfora, sino también una función interactiva. Las metáforas científicas en un plano didáctico comunican rápidamente un nudo constitutivo de una interpretación o explicación científica; pero también se convierten en partes insustituibles del mecanismo lingüístico de la ciencia: metáforas utilizadas constantemente por los científicos para expresar tesis. Francisco Fernández Buey (2004, pp.171-173) afirma que estas metáforas son sustantivas, constitutivas de la teoría científica porque ellas se convierten propiamente en ideas o temas compartidos por, al menos, una generación de científicos. Así, las metáforas actúan invitando al lector a considerar el tema principal a la luz de lo que se pretende comparar, a explicar semejanzas y analogías.

Al fin, las metáforas del microscopio, el ajuste de la lente, la intensidad de la mirada, la precisión para enfocar lo que no se observa a simple vista; la de la malla de red de pesca, que con su amplitud y dimensión arrastra más o menos material conforme la unidad de análisis nos lo prescriba, la comensurabilidad de la escala arquitectónica tomando la perspectiva humana como central, la metáfora del encuadre cinematográfico donde el plano corto no prolonga el plano largo: dice otra cosa, del mismo modo que la secuencia y el travelling no se articulan, no hacen más que poner en escena que la cuestión de la escala es un problema crucial de la investigación histórica. Es en esto último en lo que ha insistido en estos años la perspectiva de los estudios historiográficos regionales y locales. Seguir sistematizando las producciones, reflexionar sobre las aproximaciones metodológicas y dialogar entre colegas que percibimos las potencialidades de tal línea historiográfica, es el camino y el desafío para actuales y futuras investigaciones.